

consiguiente á ella sola tocaba el decidir de su suerte.

Fácil es concebir el desenlace de esta escena, así como el de toda la historia: el padre de Laura, en vez de marchar á España, se dirigió con sus hijos á Guadalajara. Las preocupaciones de los años anteriores habían perdido casi toda su fuerza, y aun cuando así no hubiera sido, la conducta de Ricardo se había sobrepuesto á ellas en el ánimo del anciano. El enlace apetecido de Laura y Ricardo y la vejez más venturosa de sus padres, fueron el feliz resultado del proceder honroso de ambos jóvenes, sostenido por la constancia; la prudencia y la virtud supieron vencer, así la contrariedad de la suerte, como el influjo de las preocupaciones.



UN RASGO
D LA
VIDA DE TRUJILLO.

I.

Una noche del año de 1812, daba las ocho en Valladolid (1) el reloj de su catedral, interrumpido por unos momentos el silencio profundo que reinaba en la ciudad, casi des poblada por la violencia de la revolución, y por el bárbaro despotismo de los jefes militares que la gobernaban.

En medio de un cuartito pobre se veía una mesilla de madera, encima de la cual, en un candelabro de barro, ardía, próxima á extinguirse, una vela que iluminaba escasamente las paredes ennegrecidas por el

1 Hoy Morelia [N. del E.]

humo. Un hombre y una mujer, con los codos apoyados en la mesa, la mano en la mejilla y los ojos fijos en el suelo, parecían entregados á profundas meditaciones; y un perro echado en el suelo, con la cabeza apoyada entre sus manos, contemplaba aquel cuadro grave y melancólico. Ya hacía algún tiempo que nuestros personajes estaban en la situación que hemos descrito, cuando el galope de un caballo, que hizo parar precipitadamente al perro y ladrar con fuerza, vino á distraerlos de sus consideraciones.

—¡Oye, María! dijo Pérez señalando con el dedo la calle, y escuchando con atención el ruido, que iba disminuyendo poco á poco hasta que se perdió á lo lejos.

—Sí, debe de ser algún correo de los que están llegando á cada instante.

—Si supieras la inquietud que me agita....

¡Ah, María! Dios tenga piedad de nosotros.

—¡Cómo! ¿Qué peligro temes?

—¡Y me lo preguntas! ¿No sabes que todos los americanos estamos expuestos á perecer á cualquiera hora, á la menor señal de nuestros opresores? ¿Ignoras que la “delación,” ese mónstruo del infierno, espía nuestros más ligeros movimientos, y escucha nuestras palabras más insignificantes, para contarlo todo á ese hombre abominable, á Trujillo?... ¡Ah, María! Una delación....

—¡Dios mío! ¿Te has expresado con in-

discreción delante de alguno? ¿Qué has hecho?

—No, de nada me acusa mi conciencia. Es cierto que amo á mi patria como el mejor ciudadano, que su independencia es para mi corazón el bien más precioso; pero ya sabes que la enfermedad de mi padre, nuestro reciente matrimonio y otras mil razones, me han estorbado abrazar la causa de la patria, y correr á alistarme en las filas de nuestros valientes. Nadie conoce mis sentimientos más que tú; mas si algunas expresiones mías, interpretadas maliciosamente; si algún enemigo oculto.... entonces, ¿qué sería de mí?

—¿Y qué pruebas podrían dar entonces contra tí?

—¡Pruebas! ¿Cuáles necesita la arbitrariedad? ¿Cuáles han sido menester para levantar tantos cadalsos y empapar este suelo en la sangre de nuestros hermanos?

—¡Ah! es cierto; nadie está seguro de estos hombres inícuos. Vámonos, pues, de aquí, á otro lugar gobernado por déspotas menos crueles. El poco tiempo que llevamos de casados, ha pasado entre lágrimas y desolación; ni un momento de dicha ha endulzado la amargura de nuestra existencia. ¡Qué desgraciados somos! ¿No es verdad?

Y María enlazó suavemente con sus brazos el cuello de su esposo, dejando rodar por sus mejillas dos lágrimas.

—Tienes razón, respondió Pérez con voz ahogada por el dolor, tienes razón; pero ya le he escrito á mi hermano, contándole nuestros infortunios, y no dudes que nos socorrerá en cuanto le fuere dable. Nos iremos á otra parte, donde seremos quizá menos desgraciados, si es que pueden tener alivio nuestras penas. ¡Ah, María! Si no fuera por tí, ya me hubiera matado la desesperación: sí, tú eres el único sér que me ama en la tierra.

Pérez apretó contra su corazón á su esposa; y volviendo entonces el perro, puso su cabeza sobre las rodillas de Pérez, comenzó á mover la cola y á morderle suavemente un brazo, como diciéndole: “Ingrato, te olvidabas de un amigo que es capaz de derramar por tí su sangre; aquí le tienes.”

II.

En el palacio episcopal, edificio situado hacia la parte septentrional de Valladolid, estaba entonces la comandancia de la plaza. En la sala del despacho había dos mesas cargadas de papeles, y dos sillas cerca de las mesas, un reloj, y un candil que iluminaba con luz clara y apacible, aquel aposento donde se fraguaban los más espantosos crímenes. Se paseaban por él, con paso mesurado, dos hombres; jóven el uno, y el otro de edad avanzada.

—¡Cuanto tarda! Si no le habrán dejado llegar las guerrillas de insurgentes que plagan los caminos: dijo el joven deteniéndose repentinamente, y dando en el suelo una patada; á lo que contestó el otro con un gesto de duda.

Prosiguieron andando, y consultaban frecuentemente el reloj que estaba encima de una mesa, y fruncían las cejas en señal de impaciencia. Las fisonomías de ambos personajes indicaban perfectamente el carácter de cada uno: el joven no tendría arriba de veintinueve á treinta años; era de cuerpo más bien chico que grande, pelo castaño, nariz aguileña y de tamaño regular; sus ojos garzos brillaban con suma viveza en su rostro algo pálido y lanzaban miradas altivas y penetrantes, trasunto fiel de una índole violenta, y que no toleraba la más leve contradicción. Traía una chaqueta de paño guarnecida con piel de nutria, unos pantalones ajustados, cubiertos hasta la rodilla por unas botas fuertes, y en la cabeza una gorra, inclinada á un lado con gracia. Era D. Torcuato Trujillo, comandante de la plaza.

El que le acompañaba, hombre entrado en años, como llevo dicho, mostraba en su mirar torvo la crueldad; y en su rostro encendido, que se entregaba á los excesos de la embriaguez. Era Don Manuel Concha, comandante del escuadrón de “Patriotas” de Valladolid; viejo astuto, que conociendo

el carácter de Trujillo y la protección ciega que recibía del virrey que entonces gobernaba la Nueva-España, sabía arrancarle, cuando lo creía conveniente, las providencias más infames.

Se percibió cerca del palacio un tropel de caballos, y á poco se presentó al comandante un correo cubierto de lodo, con la balija de la correspondencia.

—¿Por qué habías dilatado tanto? le dice Trujillo encarándosele. Si otra vez traes tan tarde la correspondencia, corre peligro tu pescuezo.

—Señor: no había podido llegar por lo mucho que ha llovido, y por la necesidad que tuve de detenerme en varios puntos, para no encontrar á las partidas de insurgentes que inundan los caminos. Como á dos leguas de aquí estuve á punto de caer en manos de Sánchez, que manda una partida considerable, á la que no hubiera podido resistir el corto número de soldados que me acompañaba.

—Está bien; véte. Malvados! ¡Si me fuera dado ahogar en un sólo momento esos gritos insensatos con que piden independencia!

—Una horca hará callar al más gritón, contestó Concha sonriendo con ferocidad.

Salió el correo, y habiendo abierto Trujillo la balija, conmenzó á ver con Concha todas las cartas dirigidas á los particulares de la ciudad, violando así con mano sacrí-

lega un secreto verdaderamente sagrado. Examinaban con ojos ávidos carta por carta, queriendo encontrar en cada palabra un misterio, en cada frase el indicio de alguna oculta maquinación; y repasaban lo que habían leído, y se miraban mutuamente un buen espacio, como para reunir sus dos inteligencias y adivinar así algún secreto que pudiera haberse escapado á la penetración de uno sólo. Llegaron por fin á una carta rotulada á D. N. Pérez, que decía:

“Hermano: He sabido tus infortunios, y se ha llenado mi alma de amargura: bien conoces cuánto te amo. Apuraré mis recursos para sacarte de esa ciudad: muy pronto te mandaré los dos caballos y las “armas” que me pediste, para que puedas ponerte en camino.”

Al llegar aquí, miró Concha á Trujillo con ojos centellantes.

—“Las armas,” coronel, oye vd., “las armas:” hemos logrado descubrir un enemigo.

—Cierto: eso me infunde sospechas vivísimas; es necesario aprehender al sujeto á quien viene dirigida esta carta, para averiguar de ese modo si en efecto es culpable.

—¿Y qué duda puede quedarnos de su crimen, en vista de este papel? Ha pedido armas y caballos, para salir de la ciudad, para ir á reunirse con los sublevados: es necesario castigarle, y pronto.

—Sin embargo, quisiera....

—¿Qué, ya se le olvidó á vd. el odio mortal que nos tienen esos “criollos” infames? ¿Ya se apagó en el corazón de vd. a aquel celo ardiente por la buena causa, que le ha granjeado la estimación del virrey? ¿Ya, en fin....?

—Dice vd. bien; á su cargo dejo este negocio: haga lo que mejor le parezca.

Y Concha salió inmediatamente, dejando á Trujillo entretenido en leer las demás cartas que aun no habían sido examinadas.

III.

Epesas nubes entoldaban el cielo, y comenzaban á caer ya gruesas gotas de lluvia, que azotaba el viento contra las paredes de las casas. De cuando en cuando resonaban, entre el profundo silencio en que dormía la ciudad, el “alerta” de los centinelas y las vibraciones de la campana del reloj, que arrebatadas por el viento, se percibían confusamente como el ¡ay! que un moribundo exhala con trabajosa respiración.

Pérez y su esposa dormían profundamente, cuando los despertó el ruido de recios golpes en la puerta de la casa, á los cuales respondía el leal perro con ladridos estrepitosos.

—¡María! ¡María! ¿Quién llamará de ese modo? ¿Qué deberé hacer. . . ?

—¡Dios mío, qué será de nosotros! ¿No oyes un ruido como de armas? ¡Ah! Si fuera posible huir; pero, ¿por dónde?

—¡Es imposible, María! Adiós: abrázame, querida mía, porque presagio....

—Siento que me muero.... ¡Señor! ¡Señor! tened misericordia de nosotros....

En aquel momento redoblaron los golpes con tal fuerza, que rompiéndose la cerradura, se abrió la puerta y entraron seis soldados, llevando uno de ellos una tea ardiendo en una mano, y en la otra la espada desenvainada. El perro se lanzó furioso contra el último, quien lo atravesó de parte á parte. El pobre animal, herido mortalmente, se dirigió con paso vacilante hacia el lugar donde estaban sus amos, y cayó muerto, víctima de su fidelidad. Se precipitaron inmediatamente contra Pérez, clamando con infernal algaraza:

—Vamos, insurgente maldito, hasta que caíste en nuestras manos.

La pobre María, apretando fuertemente entre sus brazos á su esposo, clamaba con voz ahogada por los sollozos, que su marido era inocente; suplicaba por la Reina de los Angeles, que tuvieran compasión de una mujer que moriría de dolor; pero se le contestó tomándola por los cabellos con brutal ferocidad, rozándola contra la pared con tal fuerza, que se hirió la cabeza, y de-

jándola tendida en el suelo, privada de sentido.

IV.

Al día siguiente, en la plazuela de San Juan, varias personas formando un círculo, examinaban atentamente un objeto que llamaba su atención en gran manera: María se había informado por todas partes del paradero de su esposo, sin poder averiguarlo: en la comandancia había esperado inútilmente, pues no logró ver á Trujillo, y ninguno de los soldados supo darle razón de lo que preguntaba. Iba á preguntar á un amigo de su marido que vivía en aquella plazuela, cuando excitándole la curiosidad aquella gente, que silenciosa y despavorida observaba en el suelo alguna cosa, se acercó, y vió al cadáver de Pérez, el cual había sido fusilado la noche anterior en aquel sitio. Exhaló un ¡ay! ahogado, su rostro se puso tan pálido como el cadáver, y sus ojos permanecieron fijos algún tiempo, y giraron luego desencajados sin fijarse en nada: se fué por fin de allí paso á paso, con la cabeza inclinada sobre el pecho, los brazos cruzados, y sin proferir una queja ni derramar una sola lágrima.

Un año después, resonaba en la misma plazuela la algaraza ruidosa que formaban los muchachos, siguiendo á una mujer des-

greñada, andrajosa, macilenta, que con risa convulsiva y extendiendo su brazo descarnado, señalaba una piedra que conservaba todavía una mancha de sangre. Los muchachos reían, y arrojándole lodo, gritaban á una voz: "¡Loca!" "¡loca!"

FIN.

